

Atributos y significados en torno a una plaza. El Barrio Mágico de San Agustín de las Cuevas

Attributes and meanings around a square. The Magical Neighborhood of San Agustín de las Cuevas

Vicente Guzmán Ríos

*Universidad Autónoma Metropolitana,
Unidad Xochimilco, Ciudad de México,
México*

DOI: <https://doi.org/10.24275/QWLR8276>

Fecha de recepción: 15 de abril de 2017

Fecha de aceptación: 8 de junio de 2017

Fecha de publicación: 12 de diciembre de 2017

Resumen

Estos párrafos pretenden contribuir a la construcción de una cultura urbano-arquitectónica entendida como dispositivo primordial de sensibilización social hacia el espacio público que es un bien patrimonial. Ésa es la gran pretensión que da rumbo a nuestros afanes que buscan dar una promoción, desde un nivel de la microfísica social, pertinente al lugar emblemático de la Plaza del Barrio Mágico de San Agustín de las Cuevas, que es un lugar cuya antigüedad le mantiene dentro de la tensión tradición-modernidad. Así, la idea es interesar por la reflexión de la forma como las personas se relacionan con el espacio público y construyen los significados inmersos en la valoración binaria belleza-fealdad y discernir si existe lo feo en la percepción de las personas a través del análisis de sus formas de interacción *en* y *con* los objetos y las expresiones materiales que bordean la Plaza, inmersas como están dentro de un juego de oscilaciones centrífugas y centrípetas, visibles en la defensa por mantener el estado de las cosas frente a los deseos de evolucionar y estar acorde con el tiempo, pero con la idea aparentemente compartida por resguardar sin alterar, mantener sin innovar, que se ha puesto de manifiesto en las intervenciones de remozamiento recientes.

Palabras clave: espacio público, tradición-modernidad, belleza-fealdad.

Abstract

These paragraphs aim to contribute the construction of an urban-architectural culture understood as the primary device of social awareness towards the public space that is a patrimonial asset. This pretension leads the present paper that seeks to give a promotion, from a level of social microphysics, pertinent to the emblematic place of the Plaza del *Barrio Mágico de San Agustín de las Cuevas*, which is a place whose antiquity keeps within the tension tradition-modernity. Thus, the objective is to promote interest in the reflection of the way people relate to public space and construct the meanings immersed in the binary valuation beauty-ugliness, and discern if the ugly is in the perception of people through the analysis of their forms of interaction in and with the objects and material expressions that border the Plaza, immersed as they are within a set of centrifugal and centripetal oscillations, visible in a defense to maintain the state of things in front of the desires to evolve and to be consistent with time, but with the idea of safeguarding without altering, maintaining without innovation, which has become evident in recent renovations.

Keywords: public space, tradition-modernity, beauty-ugliness.



Resumo

O texto visa contribuir à construção de uma cultura urbana-arquitetônica entendida como o principal dispositivo de conscientização social para o espaço público patrimonial. Essa é a grande pretensão que nos leva aos nossos esforços que procuram uma promoção, desde um nível de microfísica social, pertinente ao lugar emblemático da *Plaza del Barrio Mágico de San Agustín de las Cuevas*, lugar cuja antiguidade se mantém dentro da tensão tradição-modernidade. Assim, a ideia é interessar na reflexão da maneira como as pessoas se relacionam com o espaço público e constroem os significados imersos na valoração binária beleza-feiura e discernir se existe a feiura na percepção das pessoas através da análise de suas formas de interação *em* e *com* os objetos e as expressões materiais que circundam a *Plaza*, imersos dentro de um conjunto de oscilações centrífugas e centrípetas, visíveis na defesa para manter o estado das coisas contra os desejos de evoluir e ser consistente com o tempo, mas com a ideia aparentemente compartilhada de salvaguardar sem alterar, mantendo sem inovação, o que tornou-se evidente em reformas recentes.

Palavras-chave: espaço público, tradição-modernidade, beleza-feiura.

A menudo la atribución de belleza o de fealdad se ha hecho atendiendo no a criterios estéticos, sino a criterios políticos y sociales.

Umberto Eco

¿Por qué la fealdad es el mayor enemigo de la ciudad? Porque la fealdad envilece lo que toca.

Juan Palomar Varela

Es ingenuo pensar que vivir en una urbe estéticamente degradada no afecta nuestro ánimo. Ponemos plantas y cuadros en la sala precisamente porque la alegría diaria se nutre de verdor y vida, y el gris que nos rodea es la antítesis de esa riqueza.

Daniel Krauze

Introducción

La Ciudad de México y su inaprehensible dimensión pareciera un gran conjunto de islas articuladas de manera forzada por los ritmos impuestos del trabajo y la complejidad de las actividades que albergan. Un archipiélago en fin, con algunas de cuyas islas gozan de pequeñas muestras de recintos urbanos que atraen y parecieran seducir a propios y extraños, al permitir la experiencia de una suerte de reencuentro con viejas formas de sociabilidad que detonan el recuerdo y una cierta identificación que remonta a la sensación de un tiempo congelado donde los espacios locales parecieran dar cuenta con nitidez de su contraposición con la prisa y el estrés que hoy en día desdibujan la vocación real del espacio público, que ha ido perdiendo el aura que alguna vez lo envolvió, debido a los cambios promovidos por la vertiginosa voracidad inmobiliaria investida de una idea de cuestionable modernidad. Tal como Simmel (1988:218) comentaba, hay espacios antiguos que se rehúsan a incrustar en el desasosiego del tiempo evolutivo, lo cual puede apreciarse aún en rincones ciudadanos que hablan de ese enfrentamiento encar-

nado en la tensión tradición-modernidad, fenómeno cuya complejidad no alcanza a ser explicado si se le reduce a tomarlo solamente como una muestra de conservadurismo, y lo que merece más bien es su análisis tendiente a su comprensión más que a su entendimiento.

Y bien, frente a esta vorágine de la velocidad y el desencuentro ciudadano, resulta relevante hacer pausas para reflexionar, sin añoranzas conservadoras, cuánto bien haría trabajar a favor de una cultura arquitectónica que desde sus ámbitos, que suelen no ser tan reducidos como pareciera, al menos palie estos síndromes de desamor e incomunicación. Sabemos que las arquitecturas no pueden determinar los comportamientos, pero sí que pueden promover y facilitar conductas socialmente deseables.

Propósitos

Estos párrafos pretenden contribuir a la construcción de una cultura urbano-arquitectónica entendida como dispositivo primordial de sensibilización social hacia el espacio público que es un bien patrimonial. Ésa es la gran pretensión que da rumbo a nuestros afanes, que buscan dar una promoción, desde un nivel de la microfísica social, pertinente al lugar emblemático de la Plaza del Barrio Mágico de San Agustín de las Cuevas, que es un lugar cuya antigüedad le confiere aquello comentado líneas arriba, que se mantiene dentro de la tensión tradición-modernidad. Así, la idea es interesar por la reflexión de la forma como las personas se relacionan con el espacio público y construyen los significados inmersos en la valoración binaria belleza-fealdad y discernir si existe lo feo en la percepción de las personas a través del análisis de sus formas de interacción en y con los objetos y las expresiones materiales que bordean la Plaza, inmersas como están, dentro de la tensión tradición-modernidad como un juego de oscilaciones centrífugas y centrípetas, visibles en

la defensa por mantener el estado de las cosas frente a los deseos de evolucionar y estar acorde con el tiempo, pero con la idea aparentemente compartida por resguardar sin alterar, mantener sin innovar, que se ha puesto de manifiesto en las intervenciones de remozamiento recientes.

De ahí que el texto tiene la intencionalidad de explorar los misterios por los que transitan los procesos de significación dentro del juego de fuerzas de la pátina cultural de lo antiguo y lo atrayente de lo joven, relacionadas con la dualidad feo-bello, y de ese modo analizar si es que el interés de las personas por las presencias existentes se colma en su disfrute sin considerar las razones de sus preferencias o si acaso optan por evadir o tal vez por disfrazar algo percibido como contradictorio. Además de ello, conocer el papel que juega el tiempo en la evaluación de tales presencias y saber si sus juicios de gusto son tamizados por la tolerancia, la indulgencia, la indolencia o el *blasé* que definía Simmel (1977) en “La metrópolis y la vida mental”¹ como la actitud de alguien desgastado o indiferente hacia el entorno, es decir cuando todo se torna gris y se pierde el interés y la capacidad por diferenciar y que ningún objeto merece más interés que otro. Esto podía aplicarse parcialmente a cierta actitud de algunas personas originarias de Tlalpan, pero como dispositivo de autodefensa, por el temor de verse obligados a expresar algún desacuerdo personal respecto a una valoración que desconocen si será o no compartida.

Los recursos metodológicos de aproximación

El acercamiento conceptual al objeto que aquí interesa toma en préstamo nociones referidas a la forma y la moda (Simmel, 1988:32-42), a los vínculos de reciprocidad espacio-personas (Pallasmaa 1996:151-

1 Revista *Discusión*, Núm. 2, 1977, Barcelona, Barral.: Recuperado de: http://www.bifurcaciones.cl/004/bifurcaciones_004_reserva.pdf

163), respecto a los recursos para leer y sentir las propiedades formales de la sencillez de una taza de té hasta la complejidad de un objeto urbano arquitectónico (Rasmussen, 2000:23-39), y sobre los matices históricos y culturales que bañan la dicotomía apolíneo-dionisiaca (Eco, 2007:34-48). Son conceptos de autores cuya mirada profunda ha contribuido a la comprensión de esta apasionada y muy debatida relación binaria belleza-fealdad. Por el interés de descorrer los velos de los modos como las personas, siendo protagonistas, perciben y cualifican el entorno de la Plaza desde su propia voz, se recuperan como soporte esencial varios métodos de la investigación cualitativa: la entrevista semiestructurada, las entrevistas fugaces, la fotoentrevista, la aplicación grupal de cuestionarios con preguntas abiertas y la elaboración de mapas sensocognitivos.

Para las entrevistas semiestructuradas y para la fotoentrevista se seleccionaron aleatoriamente personas adultas de ambos sexos al salir de la misa dominical, residentes de Tlalpan y de estrato socioeconómico medio. En ambos casos, que fueron fono y videograbados, se respetó el orden de un guion que fue definido por las personas. Por su parte, las entrevistas fugaces tuvieron como destinatarias personas visitantes de ambos sexos, adultas e infantiles. La realización de estas acciones fue acompañada por una atmósfera de cooperación afectiva, para lo que tal vez tuvo mucho que ver el ambiente propiciado por los andadores y las bancas de la Plaza como testigos que pueden dar fe, junto con las frondas de fresnos y jacarandas del mediodía dominical. Lo mismo que de otras tardes de entrevistas en la comodidad de una mesa del café La Selva.

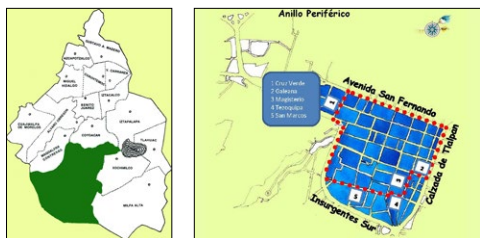
Otro de los insumos complementarios más relevantes fue la aplicación de un cuestionario grupal de preguntas abiertas, con un aire lúdico, dirigido a niñas y niños y a sus padres por separado, que tuvo como conclusión del llenado la elaboración de un mapa sensocognitivo de la Plaza. El marco de estas

actividades fue el interior de la Casa de Cultura de la Universidad Autónoma del Estado de México, como resultado de varios seminarios-taller de apreciación del patrimonio urbano-arquitectónico impartidos por el autor a niñas y niños de escuelas primarias públicas y privadas junto con sus padres. La mayoría de estas personas correspondió a familias residentes de Tlalpan, de un estrato socioeconómico no privilegiado y otras de estrato medio y medio acomodado.

El Barrio Mágico de San Agustín de las Cuevas

La Secretaría de Turismo (Sectur) del gobierno federal estableció un programa llamado Pueblos Mágicos, cuyo propósito es optimizar los recursos propios de las localidades para fortalecer el desarrollo económico, social y cultural, “bajo la argumentación de que se puede aprovechar ese halo de magia para promover la actividad turística”, como afirman López Levi y otros (2015:10). Para ello, la Sectur asigna una partida presupuestal que administran los municipios una vez cumplidos los requisitos y haber obtenido el nombramiento correspondiente. Los requisitos para alcanzar tal nombramiento se refieren a características del medio ambiente físico, social y de la cultura material, así como a la participación de la población y las autoridades locales. El nombramiento de Barrio Mágico corresponde en lo general a los criterios establecidos por la Secretaría de Turismo del Gobierno de la Ciudad de México, que parecieran mostrar un paralelismo con el perfil de los criterios federales, aunque a decir del personal de la Dirección de Desarrollo Económico, sin ninguna asignación presupuestal por parte del gobierno de la ciudad para atender este rubro, a pesar de que el caso del Barrio Mágico de San Agustín de las Cuevas, de la Delegación Política en Tlalpan (Figura 1), los antecedentes se remiten al decreto previo de Zona de Monumentos Históricos que se estableció el 12 de mayo de 1986.

El Barrio Mágico de San Agustín de las Cuevas (en adelante BMSAC) data de la época prehispánica y su origen legal data de 1550, cuando le son reconocidas por el Rey y el Marqués del Valle como “ganadas” las tierras por los señores Tecpanecatli y Xalpanecatli, en virtud de lo cual se establece el pueblo en 1556 (Suárez, 2017:18). El área que comprende, por razones oficialmente no explicadas, quedó inscrita dentro del territorio de 1.6 kilómetros cuadrados reconocido en el nombramiento de la Zona de Monumentos Históricos. De ese modo, según datos delegacionales, los linderos generales reconocidos del Barrio son las calles de Cruz Verde, Hermenegildo Galeana, Magisterio Nacional, Tezoquipa y San Marcos, como se muestra en la Figura 2.



Figuras 1 y 2. Mapa de la Ciudad de México con la Delegación Política en Tlalpan y límites del BMSAC inscritos dentro del llamado Centro Histórico y la Zona de Edificios Históricos de Tlalpan. Croquis elaborado por el autor.

El contexto del BMSAC

San Agustín de las Cuevas es el nombre impuesto por los españoles a la villa de Tlalpan, y la designación de Barrio Mágico resignificó el nombre, localizándolo dentro del perímetro de 45 manzanas de la Zona de Monumentos Históricos. La fisonomía urbana del BMSAC la enmarcan las características formales edilicias, tanto religiosas como civiles, por las cuales las personas de la localidad muestran su aprecio y orgullo; las primeras merced a una mayoritaria filiación católica, y las segundas debido a una

identificación que les confieren como coloniales, lo cual denota una visión histórica errónea, puesto que pertenecen, en su mayoría, al siglo XIX y principios del XX.

En correspondencia a los dictados del gusto arquitectónico de esa época, puede apreciarse un apego guiado por la información y el sentido de gusto de los propietarios, pertenecientes a grupos sociales privilegiados, conocedores y admiradores del glamur y los acontecimientos franceses, así como los de una muy buena mano de obra de alarifes, diestros en el manejo de los materiales de la localidad. Como herencia de aquello, aún pueden apreciarse obras y detalles ornamentales adoptados en los componentes constructivos de las fachadas con modos eclécticos de resolver la edificación, combinando las habilidades constructivas y las disposiciones exigidas de aquella moda promovida en los tiempos de un neoclasicismo cuya adopción dotaba de estatus a quienes habitaban las grandes mansiones, así fuera de modo no permanente, prolongándose hasta las formas sociales de comportamiento, las etiquetas, el vestido, la dieta y los modos diferenciados de trato con los estratos no favorecidos. Modos de un deber ser que se evidenciaban cabalmente en las fiestas, los juegos de azar y las peleas de gallos, de lo que tenía gran fama Tlalpan por aquellos tiempos, y aun en las casas y los consumos de las personas menos favorecidas.

Enclavado en el llamado Centro Histórico de Tlalpan, el Barrio Mágico está constituido por muchos recintos amables enmarcados por llamaradas de bugambilias y nísperos en racimos veraniegos, pavimentos empedrados y guarniciones de piedra chiluca con arrullos de trinos y refrescantes ambientes sombreados forman las atmósferas muy apreciadas por propios y extraños. Las formas de vida albergadas en los interiores parecieran descansar en las relaciones emocionales propiciadas por los hábitos añejos de conocimiento y reconocimiento

mutuos, de lo cual el saludo desinteresado a la persona no conocida se sigue conservando como una puerta esperanzadora de humanización. Se trata de un modo de sociabilidad obligado a convivir con formas de ser que acompañan las contradicciones evidentes de la gran ciudad desconsiderada con la argamasa de historias forjadas por sus habitantes en el tiempo. Ahora es frecuente encontrarse de pronto con huellas de cristalazos, y percibir el temor a los pequeños asaltos a transeúntes y los robos de accesorios de autos en las calles aledañas a la Plaza (Hidalgo y el eje Galeana, Triunfo de la Libertad, Calvario), así como las molestias de la ruidosa prisa de la invasión motorizada hacia el flujo de las dos avenidas importantes al oriente y al poniente: Insurgentes y Calzada de Tlalpan.

Belleza, fealdad y magia en el BMSAC

Lo que aquí se plantea son varias cuestiones en torno a una pregunta central que tiene que ver con los criterios que giran en las formas como las personas moldean sus preferencias y ocupación del entorno urbano mediante el uso cotidiano, momentáneo, periódico o eventual; la apropiación real o simbólica mediada por lo afectivo y el *agandaye*² como ocupación transgresora y ventajosa, temporal o permanente, asumiendo, desde ya, que todo espacio público como el encarnado en el BMSAC o de la Plaza que interesa, siempre tiene como componente inseparable al conflicto. Asimismo, se exploran cuáles son los elementos que subyacen en la contraposición valorativa bello-feo, cuando se sabe que la

apreciación de lo bello de las obras edilicias, como las que circundan a la Plaza, por ejemplo, atrapa y se desliza suavemente para ser históricamente compartida a través de los imaginarios, contrario a lo que sucede con las presencias de valoración contraria. Tal vez por ello se afirma que siempre es más fácil hablar de la belleza que de la fealdad, más allá de las concepciones personales implícitas. Y en ese sentido, se busca desvelar lo que subyace en la correspondencia física y social que nutre la percepción de las cualidades de fealdad que las personas expresan respecto a los componentes físicos arquitectónicos que circundan el espacio de la plaza y el imaginario compartido respecto a una condición contrapuesta con los atributos de belleza que le son reconocidos a la Plaza.

La idea es invitar a preguntarse cuáles elementos valorativos entran en juego en la formulación de los atributos que asignan las personas al reconocer como emblemático algún elemento arquitectónico y si se incluye o desdeña la presencia de algún elemento discordante, a fin de no ensombrecer una valoración, por decirlo así, de carácter positivo, en cuyo caso conocer si son objeto de un camuflaje protector que disuelva o justifique algo discordante. En suma, se trata, de aproximarse a la manera como las personas residentes de Tlalpan, y en particular del BMSAC, salvaguardan los imaginarios de sus paisajes tradicionales, encarnados en lo emblemático de la Plaza y sus alrededores, y así descubrir si ello es una estrategia de lo local frente a la enorme segmentación que se expresa en diversos paisajes urbanos a los que el desbordado crecimiento urbano metropolitano les ha carcomido su rai-gambre identitaria.

Sobre la dualidad fealdad-belleza

Fealdad y belleza son categorías inseparables e interdependientes, sin embargo, históricamente ha ocu-

² Aquí se emplea esta noción siguiendo el rumbo que tiene que ver con los orígenes castellanos que la RAE menciona, como: "buscar-se la vida el vagabundo que no tiene ocupación fija", de lo que ya Carlos Montemayor (2007) se encargó de hacer una semblanza etimológico-histórica de esta palabra coloquialmente usada en México para designar algo torcido, publicada en la sección cultural del diario *La Jornada* en 2007. Recuperado de <http://www.jornada.unam.mx/2009/01/07/index.php?section=opinion&article=a07a1cul>

pado más atención el tema de la belleza que el de la fealdad. Lo feo pareciera no poseer una naturaleza propia, al depender de una valoración que pertenece al ámbito de lo bello. Eso ha sido a través del tiempo la constante, desde la mirada de la estética como disciplina filosófica que circunscribe su interés en lo bello y al arte: Platón hace de lo bello la altura máxima de la vida, y así le siguen innumerables corrientes filosóficas hasta nuestros días, como afirma Mandoki (2013:9-11), que hasta John Dewey la coloca por encima de cualquier tópico. Sin embargo, en la actualidad pareciera no tener mucho de misterioso el papel preponderante de la hipervisualidad u ocularcentrismo como fuente impulsora de la orientación del gusto y su antecedente más añejo, ubicado precisamente en el papel del arte visual. Ambos son factores sumamente influyentes para el manejo del consumo a través de la moda que ha formado por años, junto con la artimaña mercantilista de los medios electrónicos, un dispositivo esencial para el moldeado del consumo orientado hacia el incremento ganancioso.

Las modas y su manipulación, acotada por lo obsolescente, dan cuenta de los ciclos de consumo originados en las capas oligárquicas, hasta descender y cambiar a otra moda cuando las capas subalternas se la apropian. No es más que la imposición de gusto aplicada al consumo mercantilista, que no necesariamente modifica el objeto de la misma, ya que a veces recicla, despojando en ocasiones a los segmentos sociales del peldaño inferior de sus propios instrumentos, para, una vez resignificados, recomenzar el ciclo y devolvérselos a costos mayores. Los ejemplos sobran, uno de ellos es la mezcilla gruesa azul que en otros tiempos sólo consumían los obreros o campesinos en overoles, camisas o “yompas”, y otro es la manta blanca con la que las mujeres fabricaban sus faldas o vestidos; tanto materiales como vestimenta que ahora corresponden a marcas de prestigio muy costosas, desteñidas o desgarradas, empenadas en

hacer creer ilusoriamente en una pátina artificial o una tendencia hacia lo efímero. Asimismo, están los “tornillos”, las “catrinas” o las “cacarizas”, que eran unidades de medida para el pulque, hechas con vidrio corriente, pintado a mano con colores llamados “estridentes”, como las propias pulquerías, donde antiguamente eran usados.

Dentro de esas acciones recicladoras, la moda impone gustos transfiriendo lo viejo como nuevo “haciendo que aceptemos en aras de ella, lo más horrible” (Simmel, 1988:30). Es que la moda impone por encima de la normativa social, instaurando realidades que revisten de prestigio comprado con dinero: el dinero suplanta la fealdad, compra la belleza, un feo rico puede comprar a la mujer más bella (Eco, 2007:12). Así, el amasiato moda-dinero, a partir de ciertos momentos históricos, van manipulando el vaivén de la apreciación personal de atributos, pero siempre dictados desde el *penthouse* del edificio social. Algunos ejemplos pictóricos que parecieran beneficiar efigies no muy favorecidas a través del retoque son los retratos de la antigua nobleza europea. Otros ejemplos actuales son los tatuajes corporales, que es una moda difundida por personas famosas —futbolistas y modelos— de la televisión; los gustos por arquitecturas ostentosas construidas con dinero de origen cuestionable; el empleo de tecnologías impuestas por las autoridades morales, políticas o religiosas, en contravención de los requerimientos locales.

Los atributos efectistas que impactan y moldean el gusto y la selectividad de lo feo y lo bello representan una multiplicidad de calificativos, por tanto, su definición reviste una alta complejidad, pero en ella siempre está implicado un modelo específico como parámetro de comparación. Son evidentes los juicios de gusto expresados en ciertos patrones que incluyen la fealdad, así sea tomada como referente, en la salud, el cuerpo, el vestido, los perfumes, los espacios construidos. Son innumerables los ejemplos que dan cuenta de la eficacia comercial,

donde la moda es el factor constante, medida en una espiral inagotable, forjada en el seno de las capas poderosas mediante un empleo de caducidad programada para luego descender hacia las capas inferiores y volver a ascender nuevamente a las capas poderosas, al parecer, inextinguiblemente como una curva de Moebius. Así, lo bello y lo feo son constructos históricos que han tratado de establecer una normativa desde el poder como dispositivo de control social. Por tanto, tales amoldamientos del gusto son dinámicos y su duración está fijada en periodos convenientes para los intereses gananciosos, no sólo económicos, sino también simbólicos, que se evidencian de múltiples formas de expresión del consumo cultural, los lenguajes hablados y corporales, los signos estatutarios, la aceptación y el rechazo. Lo feo tenía como referente lo bello, que lo supeditaba por una valoración de carácter dual ascendente-descendente dentro de una escala de bellezas, hasta rematar en lo feo, según el ámbito del que se tratara, donde campea lo grotesco, lo repugnante, lo vulgar, lo sucio, lo abyecto en una valoración que suele mostrarse aparentemente de una manera ambigua según el tipo de objeto.

De este modo, la preocupación de estas líneas guarda una ineluctable relación con la estética, pero no con la estética como disciplina filosófica interesada en el estudio de la belleza, sino que recupera y amplía el origen del significado de *aisthesis* y su contraparte *estesis*, en alusión a la sensibilidad de la persona, es decir, la *estesis* en contraposición a la anestesia a favor de la capacidad sensorial abierta para enfrentar el mundo de la vida. La estética desde el cuerpo, desde los sentidos, como *estesis* es “receptividad, lo abierto al entorno, lo sentiente, lo sensorial” (Mandoki, 2013:16).

Entendida así, la estética se vincula con la semiótica para comprender las formas como las personas perciben el entorno urbano que, siguiendo a Fabbri (2000:85), es un texto susceptible de ser

leído, mediante sus propios elementos comunicativos y representaciones que dan cuenta de cómo es valorado. Y en tal sentido, para los efectos empíricos de este análisis, como se verá más adelante, se recupera la segunda de las tres categorías que plantea Umberto Eco (2007:20) respecto a lo feo: lo natural o feo en sí mismo como la carroña o un olor pútrido, lo feo formal encarnado por la presencia de un elemento que desniva la unidad de un todo, y lo feo artístico, que resulta de las dos anteriores, pero que suele ser considerado a niveles de arte por el o la autora.

Lo feo y la Plaza del BMSAC

El tema, por sí mismo, da para demasiadas cuartillas, por lo que aquí lo feo queda acotado por una territorialidad particular que comparten las personas residentes y los visitantes de la Plaza del BMSAC. El soporte de las pesquisas son producto de las interpretaciones dialógicas respecto al asunto, sustentadas en un trabajo empírico, aparejado a la reflexión correspondiente al modo como, a partir de la interacción personas-plaza, se pueden descorrer algunos velos inmersos en la tensión tradición-modernidad y sus efectos en la percepción y fijación de atributos y significados respecto a lo feo, tamizado por la sensibilidad y el capital cultural de las personas, el papel desempeñado por la moda y los medios electrónicos. En él se basa el interés de compartir algunos pequeños hallazgos acerca de lo que subyace en la forma como las personas perciben o no lo feo en las presencias materiales de la Plaza de San Agustín de las Cuevas.

Conviene aclarar que aquí son asumidas las siguientes reflexiones. En primer lugar, que lo feo suele no ser el lado perverso de lo bello, una carencia o una sobrecarga formal; que bello y feo son consideraciones que varían de acuerdo con el capital cultural y la sensibilidad personal que son apli-

cados o no, a los elementos de la plaza. En tercer lugar, que la percepción de lo feo es una representación de una valoración flexible según el tiempo, la orientación religiosa y política, así como los recursos económicos de las personas, y, finalmente, que bello-feo suele pasar siempre como apariencias físicas que remiten a la lucha entre lo apolíneo y lo dionisiaco que Nietzsche resignifica de la cultura griega. Lo apolíneo, pertinente a Apolo, equivale a la elevada placidez de la belleza, y, lo dionisiaco, pertinente a Dionisos o Baco, asociado con el vino y el ditirambo que dio origen al teatro, que suele ser conceptualizado como lo carnavalesco y la ruptura de límites. Sin duda, ambas figuras antagónicas se complementan mutuamente según la dualidad a la que los griegos entendían como condición humana irreductible. Y en efecto, se puede asumir como condición de posibilidad localizable en las profundidades de todas las personas, incluidas por supuesto las de Tlalpan, aun sin que esto pase por un proceso de verbalización al valorar o expresar las preferencias y rechazos espaciales u objetuales. De ahí que reflexionar acerca de lo feo que implica necesariamente al sujeto —feo para quién—, detone otros interrogantes envueltos en la neblina de los significados.

Por ejemplo, qué hace que la asignación valorativa de feo a un objeto de la Plaza pueda no ser jerarquizada como prioritaria respecto a un juicio de valor de carácter solidario. Es decir, que el reconocimiento como feo de un elemento de la Plaza se supedita a una valoración de carácter moral. O si la valoración de lo feo como cualidad estética se supedita a una de orden moral por solidaridad o como preferencia a la comodidad ofrecida por el mantenimiento del estado de cosas. Y, por otro lado, si es que la valoración de gusto del objeto juzgado ocupa un lugar inferior en la escala jerárquica personal siempre que las condiciones generales del conjunto que lo alberga no cambien. O acaso ¿la necesidad

estética sin cambios llega a sobreponerse entre personas que comparten desde hace años el sentido de pertenencia a una misma “comunidad” por el temor al riesgo que encarna un cambio de actitud frente al parámetro valorativo del gusto?

Como un acercamiento a los valores que velan lo anterior, los afanes empíricos se dirigieron hacia las formas de percepción de las personas oriundas de Tlalpan acerca de lo feo en la Plaza. La pequeña luz que tal esfuerzo desprendió acerca de los significados atribuidos a ciertas presencias materiales supuestas *a priori* como discordantes con la fisonomía del entorno, obligó a la formulación de nuevos interrogantes sobre la correspondencia entre la percepción y un orden consciente ético, lógico, moral y estético para evaluar y opinar sobre el particular, así como a las formas como tal relación se expresa en el sentido de pertenencia de las personas oriundas de Tlalpan. El intento por responder tales cuestionamientos obliga a recuperar la llamada hermenéutica filosófica de Dilthey (Lince, 2009), puesto que sólo el acercamiento al contexto mediado por la comprensión del mismo puede ser el instrumento esencial para interpretar los juegos de la intersubjetividad inmersos en los juicios valorativos del gusto y la posible inclusión de la actitud *blasé*.

Suponiendo a la Plaza como un cuadrángulo ajardinado con un kiosco al centro, está rodeada de edificios construidos en diversas etapas de la historia de Tlalpan, sin embargo, las personas le asignan a su plaza una valoración histórica ubicada en la Colonia, al parecer como una característica que sienten como reconocimiento estatutario. Conviven edificios catalogados y no catalogados de valor histórico por el Instituto Nacional de Antropología e Historia y el Instituto Nacional de Bellas Artes. Al norte están “los portales”, con diez arcos frontales y dos laterales de medio punto del siglo XVIII, que albergan los restaurantes y la farmacia y toleran el puesto de periódicos adosado a su fachada sur; al sur está el

edificio delegacional, que arropa el mural de Roberto Rodríguez Navarro, de setenta metros de largo por cinco metros de alto, y el Mercado de La Paz, con muros de tabique y ladrillo de barro aparentes que muestran un alarde de mano de obra excepcional; ambos edificios son del siglo XIX, construidos por el arquitecto Antonio Rivas Mercado; al oriente se encuentra la Parroquia, de los siglos XVII y XVIII, bordeada por muros de mampostería y una celosía de piezas de barro conocidas como cintarillas, hoy difícilmente fabricadas, hasta llegar a los tres arcos de cierta escala rematados por una espadaña enmarcando el acceso al verde atrio de fresnos, nísperos, moreras, naranjos y limoneros como vestíbulo del templo e invitación al claustro de dos niveles, su fuente, sus magnolias y sus dos puntuales relojes de sol. Además, varias edificaciones, como la Casa Museo de Historia de Tlalpan, del siglo XIX, conocida como “La Casona”; la casa de dos niveles de los siglos XVII y XVIII, donde nació Renato Leduc; la panadería La Montañesa, del siglo XX y sus afamados bolillos, y al poniente un bloque de construcciones habitacionales y comerciales del siglo XIX y principios del XX, como el Instituto Barros Sierra, con su ornamentada entrada en la esquina con muros de tabique semejante a los del mercado.

La Plaza es una superficie convencionalmente trazada de acuerdo con la forma puesta de moda en el siglo XIX (Figura 2), se trata de una delimitación de banquetas y andadores perimetrales de un par de metros de ancho, siguiendo la geometría de un cuadrángulo dividido en ocho segmentos constituidos por andadores, cuya convergencia da lugar al centro del kiosco de planta circular de dos niveles empeñados en los afanes afrancesados. De arriba hacia abajo se descubre la techumbre de lámina metálica pintada que se apoya sobre ocho columnas muy esbeltas, lo que le da una transparencia total y hace lucir la barandilla de fierro fundido pintada de blanco como delimitación de los bordes. La

planta alta, con un piso de mosaico, es el recinto de la música o el objeto hacia donde debe dirigirse la atención de las personas viandantes de la Plaza. En tanto, la planta baja es de muros de piedra y mampostería, que dan soporte a dos escalinatas laterales que llevan al acceso de la planta alta, junto con una pequeña puerta por la que sólo pueden pasar las y los trabajadores de limpieza para guardar sus enseres, reunirse o platicar dentro. A diferencia de lo que se ve en la planta baja de otros kioscos, que han optimado su función como espacio de vocación colectiva, ésta desempeña un papel bastante pobre como albergue de contenedores y escobas.

Los elementos valorados *a priori*: un pretexto de la indagación

Como sería desleal hablar de la fealdad de espaldas, al menos de su representación gráfica, se muestra un plano de la Plaza con la localización de los elementos tomados como referencia para los propósitos indagatorios. Son seis elementos basados *a priori* en un juicio de gusto desde una “mirada experta”, tomando en préstamo la categoría que antes se mencionó de Eco como feo formal citado antes, referida a la presencia que rompe con la composición o que estropea el arreglo de un todo como unidad. Las seis presencias, localizadas alrededor del área jardinada de la Plaza, fueron consideradas como soporte visual para el empleo de la técnica de fotoentrevista, que consistió en mostrar dos imágenes de cada una de ellas, que fueron tomadas desde el mismo ángulo y que, por contrastación, se solicitaba a las personas entrevistadas que primero opinaran si identificaban el objeto, y en segundo lugar dijeran cuál de las dos imágenes se acercaba más a sus preferencias. Para los fines indagatorios, esta técnica, que privilegia lo visual, fue complementada con entrevistas, cuestionarios y mapas sensocognitivos, de modo que el resultado fuera lo más próximo a lo apetecido respecto a la participación del resto de los

cinco sentidos. La Figura 3 muestra la localización de los seis elementos empleados en la fotoentrevista y la figura 4 fotografías del estado actual comparando la modificación en cada caso.

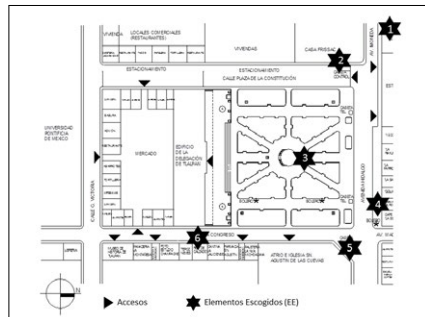


Figura 3. Proyección en planta de la Plaza con los elementos empleados en la fotoentrevista. Elaboración del autor.

Estado actual

Modificación



4.1



4.2



4.3



4.4



4.5



4.6



4.7



4.8



4.9



4.10



4.11



4.12

Figura 4. Imágenes de los elementos empleados en la fotoentrevista. Fotografías del autor y trabajadas en Photoshop por Alejandra Garduño.



Figura 5. Vista desde el edificio delegacional. Acuarela del autor.

Expresiones de lo feo en la Plaza: diversas miradas

Una pregunta que daba inicio a las entrevistas fugaces como a las estructuradas se refería a una opinión general acerca de la Plaza. La totalidad de las personas entrevistadas la concibe como bella, como un todo al cual le asignan una cualificación positiva, no obstante que muchas reconocían la existencia de algunos elementos que no concuerdan a cabalidad con el aspecto del conjunto, por ser visualmente divergentes, como la presencia de basura y de botes saturados de ella. Las y los jóvenes parecieron estar más abiertos a las modificaciones planteadas como opciones de cambio en las fotoentrevistas. En cambio, las personas adultas, apoyadas en la mención de sus recuerdos, parecieron dar cuenta de una resistencia a los cambios, a pesar de reconocer mejores condiciones visuales en las modificaciones planteadas como opciones en las fotoentrevistas.

Un resumen que habla de los modos de interactuar de las personas con el entorno y los modos de percibirlo en tres grandes enunciados: 1. La totalidad espacial absorbe los detalles discordantes aun reconociendo que están ahí. 2. La selectividad de lo circundante omite las parcialidades. 3. La distracción pareciera hermanarse con una actitud *blasé* alimentada por una tolerancia o resignación desmedida. Las niñas y los niños hablaron de diversos

temas que muestran el sinsentido de quienes dictan cómo han de ser las cosas de la ciudad sin interesarse por atender este segmento poblacional invisibilizado por las voluntades adultas. Así, por ejemplo, se extrañan de que los espacios de las calles y para caminar son muy grandes y los espacios para jugar chicos y sin juegos. Ellas y ellos sólo parecen dar importancia a las ausencias o a lo que hubieran deseado como presencias en la Plaza. Por su parte, las fotoentrevistas y las entrevistas estructuradas permitieron reflexionar en torno a la tensión apolíneo-dionisiaca que tiene que ver con la diversidad de conceptos que fueron relacionados tal vez por cautela o recato, más como una atribución por analogía que a la denominación de feo, como una especie de tabú o una inmerecida calificación sumaria. De igual modo, como para muchas personas lo bello puede entenderse como lo agradable, lo deseable, lo inefable, etcétera, lo feo muestra una gran diversidad de aristas con las cuales las personas oriundas de Talpan lo vinculan como una cualidad no adecuada o un desvalor, como una condición excepcional o fortuita quizás, lo que pareciera envolver una forma de resistencia y lealtad respecto al modelo estético encarnado en la Plaza. El aparente desconocimiento de algún detalle que rompa la percepción de la Plaza como un conjunto espacial socialmente compartido, parece ser un asunto que las y los tlalpenses observan como un acto de lealtad hacia el motivo de orgullo identitario encarnado en ella.

Mantener la imagen prístina del espacio comunitario por excelencia pareciera ser la consigna compartida en recuerdo de las voluntades de sus ancestros que participaron desde la plantación de árboles en el recuadro vacío frente a la iglesia, que se pensaba sería el lugar de reunión comunitario. Eran los tiempos en que sólo se escuchaba el rumor del agua que, bajando de las Fuentes Brotantes, llenaba la pila que marcaba el centro que ahora ocupa el kiosco como ombligo de la unión vecinal. De ahí

que sea el espacio que enmarca los orígenes y que ha ido sembrando el imaginario no sólo como elemento espacial que sitúa y forma el corazón urbano de la localidad toda, sino como el lugar, el recinto que en 1872 fue coronado por el kiosco, un elemento que por ese tiempo formaba parte del mobiliario urbano obligado por la moda porfiriana y que ahora engalana a la Plaza que ha resistido las visiones de diversas remodelaciones a partir de 1910.

En ese contexto, reconocer lo feo en alguna de las partes que conforman la Plaza, pareciera ser entendido por las personas entrevistadas como un acto devaluatorio de traición a la imagen de ella en su totalidad. Esto pudiera ser la causa por la cual se asignan atributos que acordonan el concepto de fealdad como una forma de coraza protectora o de evasión hacia un calificativo de carácter negativo considerado *a priori* como afrenta. Así, por ejemplo, sería impensable escuchar referencias a la presencia de basura con un adjetivo como repugnante, abyecto, fétido o repulsivo, ocupando en su lugar una manera de calificar aparentemente tolerante o adjudicando tal presencia a quienes no son residentes. Lo mismo puede decirse de quienes mencionan al temor como indicador de fealdad, pero que se acerca más a un juicio de valor como indeseable, lamentable, angustioso o referido al desagrado y que muchas personas oriundas aducen como causa a la invasión de las muchas personas no deseadas, que llegaron a raíz de los sismos de 1985, juzgadas como innobles y sin los merecimientos que se reconocen en las y los residentes de siempre. La presencia de heces caninas y su encadenamiento, que suele producir a partir de la fétida mancha en los zapatos hasta las complicaciones para el bolero que pudiera negarse a limpiarlos y el doble disgusto del dueño o la dueña víctima de ello, no aparecen en modo alguno en el repertorio de lo expresado con un valor negativo, excepto para algunas personas visitantes. El temor a la inseguridad como una

condición social asignada a la naturaleza del objeto es uno de los sentimientos apegados a lo feo que en la Plaza varias personas expresaron y que, además, por su frecuencia bien podría agregarse como categoría a las tres mencionadas de Umberto Eco (2007:20):

Eh, pues [...] yo creo que es el hecho de pensar que pueda pasar algo ¿no?, sí, sí, sobre todo con la cantidad tan grande de autos que pasan y... igual tanta gente irresponsable ¿verdad? [...] bueno uno ya ve ahora las cosas como mamá [...] tal vez cuando yo era chica, aunque no me diera cuenta, pues corría el mismo peligro, verdad, que corremos ahorita...

Es feo ver los manifestantes a pedir ayuda... Ayer estuvieron aquí pidiendo que los dignifiquen [...] no les podemos cortar su libertad. Pero es que su libertad termina donde empieza la nuestra también ¿no?

En los restaurantes se pone el señor que vende café, colgado de nuestra luz, de nuestra delegación. El señor ni siquiera es de Tlalpan.

[...] dignificar el espacio, yo no sé si eso como ciudadanos lo pudiéramos hacer y pudieran hacer recomendaciones ustedes los especialistas.

Ah, la basura, pusieron unos botes de basura, Gilberto López y Rivas puso unos, entró el gobierno siguiente y los quitó. Eso ya fue un gasto dado al queso [y] la basura sigue...

Y esa porosidad donde se entremezcla la blandura, el temor, las relaciones y los aconteceres en y con la Plaza y sus componentes parece dar cabida a la percepción de algunas personas, quienes pesimistamente presagian su desaparición:

La plaza a futuro, yo la veo, pues como que va a desaparecer [...] realmente, va a desaparecer en el contexto que la conocemos ahora, como un centro de reunión, un centro para venir y platicar un rato a gusto, vas a tomarla como un paso, como un este, como una estación en tu trayecto hacia algún lado, pero ya no te vas a detener en ella, va a estar llena de ambulantes, va a estar llena de basura [...] Extraño mi plaza, la Plaza de Tlalpan, o ¿será mi infancia? Yo creo que ambas cosas.

Así pues, lo feo en la Plaza de Tlalpan pareciera ser una valoración modificada, forzada aparentemente por un pragmatismo sentimental o un sometimiento práctico impuesto por la fuerza de la costumbre.

Podría tratarse también de una sustitución valorativa con base en preferencias morales que actúan como caparazón de las propias ideas de selectividad sustitutiva, donde la calificación de lo feo pareciera mostrar una resistencia al ocultarse a favor de preservar un posible tambaleo del modelo estético enraizado en las personas respecto a ese espacio compartido. Tal vez esta postura sea una forma de mostrar un tributo a la construcción real y simbólica de la Plaza; en la construcción real, donde participó la colectividad con mano de obra de los abuelos y materiales, tanto de las zonas urbanas como rurales de la Delegación, y en la construcción simbólica fortaleciendo la de la historia heredada como insumo de identidad y preservación de su imagen compartida. La imagen compartida de la Plaza, que emana de las relaciones de las personas *en y con* ella, incluye las formas de ocupación espacial que antes se mencionan, tanto fijas como las que han variado a lo largo del tiempo. Las formas de uso de ella, a decir de las personas entrevistadas, está relacionado con lo feo, y se expresa básicamente en las actitudes de la gente de fuera, “ellas tiran basura, maltratan los prados y hasta son quienes roban”. De ese modo, el uso encarnado en las y los de fuera no expresa sino fealdad y desapego por

los valores locales y desequilibran las relaciones de confianza acostumbrada. La apropiación es una actitud natural con la cual guardan correspondencia las y los residentes de Tlalpan y se expresa en el cuidado, el comedimiento y la atención respetuosa que puede observarse en la interacción de las personas en y con el entorno y la Plaza misma, y, por su parte, está el agandaye, al parecer no identificado como una expresión de lo feo que pueda ser adjudicado a las personas de Tlalpan. Se reconoce tal forma de ocupación por parte del ambulante dominical de personas no residentes, a pesar de que existen muestras visibles de elementos que tal vez por haberse adicionado desde fechas lejanas, esa temporalidad pareciera lavar la fealdad reconocida como adición discordante o fuera de lugar sobre todo en las fotoentrevistas.

Los espacios que la mirada experta evaluó como elementos que acreditan la denominación de fealdad y cuyas imágenes se emplearon en las fotoentrevistas, corresponden a la categoría que Eco localiza en la forma en sí misma, atendiendo a la discordancia, la inadecuación o fuera de lugar. Tal acreditación es independiente del tiempo de ocupación del espacio, así como de las personas ocupantes, pues ambas características parecieran engendrar un consentimiento tolerante por encima de lo feo, lo discordante de cada una de las presencias. Los elementos presentados en las fotoentrevistas y que antes se muestran, fueron seleccionados por su facilidad de identificación dadas sus características de localización, edad y vinculación evidente por parte de las y los tlalpenses. Estos ejemplos son: el puesto de periódicos; el minitaller de reparación de zapatos, y las casetas del sitio de taxis, del control del Turibús y la de vigilancia del andador. El puesto de periódicos, con más de cincuenta años de existencia, cuya fachada trasera de color blanco anuncia tres diarios de aprecio popular, como el *Esto*, *La Prensa* y *Ovaciones*. Se trata de un volumen colo-

cado entre las columnas del tercer arco flanqueado por sombrillas azules que protegen a las mesas y sillas de comensales asiduos del café La Selva y al restaurante La Sazón. El minitaller de reparación de zapatos es un volumen cúbico de madera, cerrado por sus laterales y abierto al frente, con letreros de su función acompañados con imágenes de un viejo y un niño; se trata, al parecer, de un objeto hecho en serie a la manera de un cajón, desplantado desde unos bloques y piedras sobre la banqueta, pegado a la fachada de la casa de los curas y de la histórica primera casa de dos niveles de la zona y que vio nacer a Renato Leduc, precisamente frente al lado oriente del edificio delegacional, que invita a preguntarse a qué se debe su invasión reciente del espacio público ante los ojos de las autoridades. Otro elemento es la caseta del sitio de taxis, localizada en la esquina de Hidalgo y Madero desde hace más de cuarenta años, alrededor de la cual se vienen apilando entre semana, al medio día, puestos de tacos y una máquina de churros. Es común ver a los choferes sentados charlando y a los peatones sorteando el paso por la estrecha superficie que sobra de la banqueta. Además, está la caseta de control del Turibús, ubicada al centro de una bahía y sobre el paso de peatones en la banqueta destinada para ese fin; la forma construida a base de madera deja ver un estado importante de deterioro que entorpece la vista del fondo del Parque Sor Juana y su reja. El último elemento es la caseta de vigilancia que controla el paso de autos al andador convertido en estacionamiento; se localiza pegada en la esquina de la acera que da al acceso al vestíbulo que lleva al área ajardinada del Instituto Barros Sierra o Casa Frissac, obstaculizando la vista de los muros de tabique rojo y ladrillos de la misma calidad artesanal que los muros del mercado.

Cada uno de los elementos fue identificado y evaluado por las personas entrevistadas. La calificación de la mayoría de los elementos fue desfavora-

ble, por ser reconocidos como elementos fuera de lugar y discordantes, a pesar de lo cual, a excepción de la caseta de control del andador y la caseta del Turibús, los argumentos fueron de indulgencia y aceptación tolerante en virtud de la necesidad de los servicios que cada elemento ofrece o de los lazos afectivos que se mantienen con las personas ocupantes. En los casos del puesto de periódicos y la caseta del sitio de taxis, lo feo fue pasado por alto en privilegio del servicio que prestan, aseguraron las y los entrevistados. Si bien sobrepusieron los lazos derivados del intercambio con el dueño del puesto periódicos, a quien dijeron conocer desde joven, y respecto a la caseta del sitio las opiniones adolescentes fueron negativas respecto a la ubicación, la forma y al comportamiento de los choferes.

Este par de ejemplos pareciera mostrar que el significado de estos elementos calificados como fuera de lugar, formalmente incongruentes y feos, da cuenta de un vaivén entre los intereses pragmáticos entretejidos con los intereses afectivos, convocados por lo que podría definirse como sensibilidad educada, histórica y socialmente moldeada y compartida a lo largo del tiempo, que podría interpretarse como una simplificación atrevida de nuestra parte, vinculada a la noción de capital cultural que propone Bourdieu (1988:75-83), que habla de las diferencias de la desigualdad de beneficios sociales de distinción. Ciertamente, la experiencia estética como aquí interesa, moldeada por los estímulos recogidos por los sentidos, no está al margen de la percepción de la dicotomía feo-bello en virtud de la intencionalidad objetiva que le sirve de filtro, y, consecuentemente, de la dificultad que tiene la percepción para discernir cuándo la forma supera la función, como sucede dentro de la esfera del arte. Y aunque aquí se trata de la cotidianidad que envuelve a las personas frente a objetos que conforman el paisaje de la Plaza, el gusto se ve permeado por una educación labrada por esa interac-

ción del día a día, haciendo de su relación con los objetos establecidos *a priori* por la mirada experta, una representación significativa propia, que pasa por alto la cualificación a la que llegó la mayoría en las entrevistas, sin ningún prurito respecto a lo que pudiera apuntar el buen gusto que suponen las valoraciones reiteradas de aprecio de los componentes considerados emblemáticos, como el kiosco, los portales y las fachadas de casas, como la que vio nacer a Renato Leduc, de finales del siglo XIX y principios del XX, el edificio delegacional, el Instituto Barros Sierra o Casa Frissac o la esquina más antigua de Hidalgo y Madero. La pregunta es ¿por qué estos últimos ejemplos que son apreciados en términos estéticos como emblemáticos parecen denotar un cuidadoso juicio de gusto aparentemente apoyado en una sensibilidad educada por parte de esas mismas personas sin la mediación de ningún vínculo funcional? Desde luego aquí aparece una tensión entre las formas de pensar heredadas que menoscaba la percepción cotidiana apoyada por la costumbre: “la capacidad de ver [yo diría de mirar] es la capacidad del saber [...] o, si se quiere, de los conceptos, es decir de las palabras que se tienen para nombrar las cosas visibles” (Bourdieu, 2010:232), pero selectivamente empleada por la primera, dejando pasar lo que aparece en la segunda como una suerte de agudeza crítica que pudiera rebasar, intuitivamente tal vez, la llamada por Panozsky (citado en Bourdieu, 2010:233) “capa primaria del sentido que podemos penetrar sobre la base de nuestra experiencia existencial”, pero sin llegar a la segunda capa del sentido de los significados, imprescindible en la experiencia del arte, pero no en la construcción de los significados que aquí nos ocupa, que efectivamente guardan más relación de lo que pareciera.

Lo relevante de las presencias materiales adheridas y discordantes como expresiones de agandaye espacial, es que están adosadas como una especie

de acné a estos elementos emblemáticos tan reconocidos, sin que esto medie en el juicio, al menos visual, de la Plaza como un todo paisajístico. Tal pareciera que estos elementos discordantes guardan relación con la vieja consigna de San Agustín, que justificaba la fealdad en aras de la belleza del universo, como elementos que contribuyen a la armonía y al orden del conjunto (Eco, 2007:46). La idea misma de la forma geométrica de la Plaza, más allá del juego de percepciones que implican sus límites físicos y sociales, es otra de las cualidades ponderadas como atributo susceptible de ser invadida por el comercio informal, al que se tiene como una presencia no deseada y exógena. Aparece en las respuestas de las personas adultas visitantes que las dimensiones de la Plaza son muy estrechas e impiden caminar. La ausencia de espacio como contraparte de la adición discordante no consigue ser un desvalor que alcance la percepción de fealdad, pues aprecian la forma atribuible a las características de su diseño decimonónico y sus implicaciones espaciales, sin que desmerezca el hacinamiento que observan en otras plazas citadinas.

Tanto la percepción de la forma de la Plaza como sus dimensiones son totalmente variables de acuerdo al modo como ha sido experimentada, haciendo válida la concepción de la geografía cultural que se interesa por el papel del territorio y la cultura sobre la identidad y el paisaje, lo cual permite comprender la relevancia de la subjetividad como parte del artificio de la fijación del lugar y la porosidad de los límites sociales. Así, se observa una contraposición de aparente ambigüedad en cuanto a los límites físicos registrados en los mapas urbanos y los límites sociales percibidos por las personas. Los primeros fijan al norte los portales, al sur la fachada de la Delegación, al oriente el acceso atrial y al poniente la calle peatonal Plaza de la Constitución, convertida en estacionamiento permanente del personal de la Delegación y de algunos restaurantes anexos. Por

su parte están los límites sociales que dan cuenta de las formas como las personas han interactuado en y con la Plaza y a partir de ello cómo han forjado sus recuerdos, sueños y luchas. Hay varios ejemplos diferentes de la percepción de los límites: al norte a la banqueta de la calle de Hidalgo, al sur el frente de la Universidad Pontificia o bien la fachada de acceso del edificio delegacional. Y al oriente y poniente los andadores. Otra delimitación más seria es la que marca el límite oriente, como las banquetas y los arroyos de la circulación vehicular, el acceso al atrio de la iglesia; al poniente el andador ocupado como estacionamiento y al norte los portales donde se albergan los restaurantes.

Es claro que poner atención a la aparente ambigüedad de la percepción de los límites reviste una especial relevancia para los propósitos del texto, puesto que su variedad es el nutriente de los significados. La delimitación definida por las relaciones sociales con la Plaza permea la denominación misma de ella: se le conoce como La Plaza, como el parque, el jardín del Centro, Plaza de la Constitución, Plaza de Tlalpan. Ello pudiera obedecer a las características ornamentales con la presencia de árboles y plantas, con andadores que siguen la moda del siglo XIX impuesta en el país, diferentes a las plazas de armas o plazas mayores, que obedecen al tipo de actividades por desarrollar y, en consecuencia, con la superficie útil de contacto para su realización. Las características ajardinadas y el trazo corresponden al ideal de la plaza decimonónica, que era acentuar la presencia de las autoridades en el espacio público como baluarte del deseo de higiene y salud, centralizadas en el kiosco como elemento nuclear de la composición arquitectónica, y además mostrar una faceta democratizadora de las instituciones gubernamentales apoyadas por la participación de bandas musicales que tuvieron auge al final del porfiriato.

Actualmente para las personas adultas entrevistadas el kiosco cumple diferentes funciones como espacio político y elemento referencial, y para las y los niños que se complacen al mirar desde lo alto a las y los adultos que los invisibilizan cumple el papel del tío o del abuelo consentidor, así como motivo para satisfacer sus deseos de jugar en un territorio que se apropian girando y refrescando sus fantasías infantiles, a falta de elementos para jugar que resaltan como una carencia, que en la percepción de las y los niños pareciera referirse a algo feo. Carecer de algo en este contexto, que se percibe como necesario en la mentalidad infantil, parece alcanzar una valoración semejante a una adición discordante. Más aún si se toman en cuenta las reflexiones de Tonucci, pedagogo y dibujante italiano, impulsor de la reflexión acerca de la vida infantil en las ciudades, cuando pregunta si los adultos estamos preparados para comprender a los niños o al comparar la escasa atención que les merecen las y los niños a las personas adultas respecto a sus relaciones con su vida en la ciudad, la desproporción de superficies para autos comparada con la destinada a ellas y ellos. Tonucci (s/f),³ se ha interesado por evidenciar la miopía adulta respecto a la infancia y las formas como se relacionan en y con la ciudad a las que ha sido sometida, negándoles el papel que merecen como protagonistas,⁴ donde las niñas y niños son invisibilizados no obstante ser ciudadanos, así sea de pequeña talla.

Como es sabido, la percepción infantil suele dar sorpresas insospechadas cuya agudeza demanda, de una manera sensible, interpretación comprensiva.

3 Tonucci (s/f). *La ciudad de los niños*. Recuperado de <http://www.nodo50.org/forosocialjaen/CP941001.PDF>

4 Respecto a las y los niños como protagonistas véase Guzmán Ríos (2012). "En busca del arte perdido de vivir la ciudad. Experiencia estética infantil en la plaza de Tlalpan". En *Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*. Recuperado de <http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/guzman/100>

va. Como se comentó, aquí se condensan opiniones expresadas en cuestionarios aplicados y entrevistas realizadas con el propósito de ampliar el espectro de las formas como se construyen los significados respecto a la percepción de lo feo en la Plaza. Adelantamos la manera afectiva como sienten algunas presencias que les son amables, como el kiosco y otros elementos, lo que evidencia que es más fácil hacer referencia a lo agradable que a lo que no lo es. Sin embargo, de acuerdo con la manera infantil de comunicar sus inquietudes, se puede ver en las carencias y en lo que imaginaron que les hubiera satisfecho sus deseos un trasfondo como aproximación a lo feo, aunque expresado de un modo sutil. Los niños y las niñas no suelen ser directos respecto a las preguntas que se les hacen, ya sea en grupo o individualmente, debido a sus limitaciones de verbalización. Por ello, el juego fue un soporte para explorar sus conjeturas mediadas por la carencia, el desagrado y el deseo insatisfecho. Después de haber visitado la Plaza con sus padres, que acompañaron a las y los niños a las sesiones de los seminarios-taller ya mencionados, como pretexto para poner en práctica la experiencia estética, un tema recurrente que les fue comentado en las sesiones de sensibilización, la agudeza y la sensibilidad pareció mostrar equilibrio entre las y los niños. Su optimismo previsible pareciera borrar de su recuerdo todo vestigio molesto o inadecuado de la Plaza, sin embargo, su agudeza detectó las ausencias y la carencias como referencias alusivas a lo feo, que bien puede interpretarse como desmerecimiento de una valoración grata de la imagen de ella.

Lo que apuntaron reiteradamente que más les llamó la atención fue la basura, las paredes pintadas o grafiteadas, la suciedad de las fuentes. A algunos más el ruido de los coches y los borrachos. En cuanto a las carencias, la primera alusión fue a la falta de juegos y de espacios para niñas y niños, y la ausencia de flores: “falta de información de los árboles,

las plantas y los edificios” y que hace “falta más arte”, nos dicen Eddie Álvarez, de nueve años, y Jazmín, de once. Sin menoscabo de la capacidad de observación que en las sesiones de sensibilización demostraron, aunque pareciera que la opinión de los padres fue una visión presente en varios de sus juicios, algunos casos dan cuenta de una visión propia derivada de su percepción y experiencia específicas, es decir, de una visión con sus propias ideas, como lo señalado jocosamente de que las baldosas sueltas del pavimento, sin hacer alusión o tal vez sí, a lo mal construidas, “parecían castañuelas al ser pisadas”, lo mismo a que la presencia de “los vendedores [ambulantes] y la cantidad de personas le quitaban lo bonito a la Plaza”.

Las opiniones mencionadas dan cuenta de la forma como se interpreta lo feo en la Plaza, no obstante, es notorio que los aspectos físicos quedan relegados por la atención prioritaria a los aspectos sociales expresados en ella y sus inmediaciones. Esto pareciera hablar de un acuerdo compartido y autodeterminado consensualmente como resultado de la experiencia con la Plaza como elemento que moldea las conductas sociales y que unifica, al parecer, un imaginario colectivo más allá de las condiciones de la sensibilidad educada individual. En la percepción de las personas tlalpenses entrevistadas no hay menciones al orden o desorden, a lo concordante o lo discordante, a la adecuación o inadecuación de algún componente de la Plaza. Son excepcionales algunas opiniones respecto a los tipos de música que suele escucharse en el kiosco. Al parecer muestran una sensibilidad auditiva educada cuando comentan que esa música y el volumen “rompen con los ecos de la serenidad, que es un rasgo de la Plaza y favorece el mal gusto” y también que “es una música desentonada, que como televisa la aprueba, ya se toma como si fuera buena...” Estas opiniones concuerdan con Pallasmaa (1996:52) cuando afirma que: “Nuestros oídos

han sido cegados” [porque la música comercial] elimina la posibilidad de captar el volumen acústico del espacio”.

Por su parte, los resultados de la fotoentrevista muestran cómo es que los juicios de gusto emanados de la subjetividad se ven trastocados por la autoacción, revistiéndola de solidaridad, cuestiones prácticas o de tipo funcional. Aun en las entrevistas estructuradas que llevaron varias tardes de amenos relatos, para las personas el universo de la Plaza era percibido como un todo unitario y armonioso donde los detalles no deseados parecieran ser irrelevantes al no cobrar presencia como contribuyentes de lo feo. En contraste, es relevante apuntar que la percepción y la consecuente valoración del paisaje que ofrece la Plaza a quienes la visitan, de acuerdo con lo condensado en varias entrevistas, se ve ensombrecida por elementos que son percibidos como discordantes respecto a la imagen que ofrece ella en su conjunto. Tal condición pareciera ser considerada perturbadora del aspecto, por tanto, como presencia de lo feo. Tal vez ello se deba a que el asombro se tiene a flor de piel y de ese modo la capacidad perceptiva más despierta, a diferencia de las y los tlalpensenses, a quienes el recuerdo y la costumbre, al tiempo que les prodiga una suave sensación de sentirse dueños y a la vez parte de la Plaza, se transforma en obstáculo para el esfuerzo que requiere despertar el estado de conciencia.

Ciertamente, la percepción de las y los visitantes alberga un parámetro comparativo perteneciente a otro imaginario, y la inmediatez de su experiencia de la Plaza al momento de la entrevista comenzaba a cocinar el recuerdo correspondiente. Ambas cuestiones al aflorar de lo inmediato parecieran impedir la salida a escena de alguna condición de equilibrio para su valoración, distinto a como pasa con la habituación entendida como un adormecimiento impuesto por la repetición de un estímulo negativo, aunque pareciera haberlo también en el otro

sentido, resignada adaptación o adormecimiento de la sensibilidad por las experiencias cotidianas de las y los tlalpensenses. Cabe preguntarse si ¿será que la habituación obnubila la percepción o que a una sensibilidad educada en el amor por lo local conlleva a la conformidad o a la renuncia crítica hacia la valoración de alguna parte negativa que representa la Plaza por no parecer suficientemente importante frente al significado de ésta como un todo?

En suma, pareciera que entre las y los tlalpensenses nadie se atreve a plantear si, a fin de mejorar su aspecto, en la Plaza se debiera eliminar, sustituir o reubicar aquellos elementos que consideraron feos al comparar las imágenes fotográficas del mismo objeto en las fotoentrevistas. La pregunta es si acaso creen que no son suficientemente feos esos elementos y que alguna intervención hacia ellos o un cambio que los involucrara no contribuiría a una mejor fisonomía, puesto que la Plaza, con la presencia de ellos, ha venido siendo la misma sin ningún descalabro de su significado compartido. De ahí que no pareciera pensarse desde la realidad de la Plaza una mejora ideal o una mejora posible, a pesar de que los diversos elementos que la afean son perfectamente susceptibles de mejorar. Es probable que, como se anticipa, la eliminación de lo feo obra a favor de la comodidad que ofrece mantener el *statu quo*, puesto que lo contrario supone riesgos, contraer compromisos; pareciera ser que la opción compartida se inclina por la estabilidad del confort que la incertidumbre de un posible conflicto. El ahorro de esfuerzo en contra del desgaste parece asumirse a pesar de sospechar sobre la fragilidad de un apego a ciegas o socialmente rutinario.

Sin duda, todo ello habla de los distintos modos de percibir el mismo objeto, de las semejanzas en cuanto al todo que evalúa como bella la Plaza y de las discrepancias en cuanto a los detalles que encarnan lo feo de ella. Los ejemplos mencionados por la mirada del visitante son evidencias experimentadas,

que además de destacar las diferencias con las personas tlalpenses entrevistadas, permiten reflexionar acerca de los matices del arraigo respecto a su valoración local y en cuanto al papel que desempeña en tal sentido la frecuencia reiterada de las experiencias de la Plaza en la contribución de tal valoración. ¿A qué se debe que la fuerza detonante del recuerdo arrincone los detalles que la presencia de fuera pone en valor? Así, los detalles ponderados dentro del rango de fealdad de la Plaza, conviene decir que parecieran corresponder a parámetros deseables y posibles de mejoría, tal como se mostraron en los referentes que sirvieron de comparación valorativa a las y los visitantes. Detalles como la postería desalineada y las dificultades que provoca a los pasos del viandante, la perspectiva de elementos desplomados con inclinaciones variadas, lo cual pudiera hacer pensar en un riesgo que aparentemente no es percibido como tal, los materiales de concreto gris desalentador y el embetunado de los viejos postes de tronco como muestra de materiales poco amigables. La maraña de cables de diversos usos y destinos que ni a los pájaros convoca; las banquetas rotas con tramos intransitables, tal vez por la ausencia de un registro de personas accidentadas no alcanza a percibirse el peligro que representan junto con la escasez, mala ubicación e inadecuación de rampas de accesibilidad para las personas con discapacidad.

Si bien la sumatoria de estos detalles no consigue encarnar el todo de la Plaza, ¿qué deberá pasar para advertir cómo el descuido en las deterioradas fachadas del Mercado y de la barda del Museo Barros Sierra o Casa Frissac puede llegar a derrumbar una imagen compartida por desgaste? La frecuencia con la que son ocupadas las bancas de color blanco y un alto mantenimiento no atendido, no favorece a su aspecto. Sin embargo, aisladamente hubo algunas miradas críticas respecto al descuido de los prados y sus plantas costosas y exógenas, la inutilidad y simpleza formal de los bolardos de

concreto en la acera frontal de la iglesia, los baches añejos del pavimento, cuyo color fue inadecuado respecto a las necesidades de una vialidad vehicular de mediana carga e intensidad, aparejado con el ruido y el olor excesivo a gasolina que provocan los autos al detenerse.

Así es como la Plaza parece arrojar un concepto compartido entre las personas de Tlalpan, como un todo unitario mucho más complejo que la suma de sus partes, por lo cual pareciera que ello transita eficazmente a favor de una percepción impermeable a la desilusión o el desapego por los detalles que son considerados posiblemente como triviales respecto al significado históricamente construido y compartido, que parece ser considerado por las y los tlalpenses inmune a todo menoscabo. Esta percepción parece reafirmar que el entorno urbano, sus arquitecturas y sus componentes favorecen el intercambio y la ligazón sociales al servir de instrumento mediador en la construcción de significados hasta amoldarse a ellos para ser compartidos. De ahí que podría ser conveniente aprovechar la habituación como un recurso de reactivación y animación y no de congelación amoldada, a fin de transformarla en un instrumento positivo a favor del enraizamiento. Así la habituación podría convertirse en una cualidad de exigencia frente a algo valorado como negativo del entorno cotidiano, para lo cual la sensibilización sería como una acción esencial tendiente a la acentuación de un proceso de conocimiento-reconocimiento.

Dentro de este contexto es que el papel de la arquitectura puede coadyuvar al fortalecimiento y la construcción de las experiencias vitales, de nosotros mismos como personas complejas que somos, a través de un intercambio interactivo donde las personas otorgan significados a los espacios y éstos a las personas: dentro de un vaivén en el cual “yo le presto mis emociones y asociaciones al espacio y el espacio me presta su aura, que atrae y emancipa mis percepciones e ideas” (Pallasmaa, 1996:11). De

ese modo, el enraizamiento producido por la urdimbre tejida por las personas en y con el espacio, debería tener en la habituación una aliada para favorecer el florecimiento de las condiciones estéticas, críticamente favorables, pero desde una valoración capaz de no dejarse envolver por el reflujo de la conformidad y la actitud *blasé*, ni la influencia de las modas y el tradicionalismo a ultranza.

Los signos de lo feo aplicables a la forma en sí, permiten maneras satisfactorias de superar sin menoscabo de las relaciones sociales implicadas, como las comentadas en el ejemplo del puesto de periódicos. Tanto en este caso como en el de la caseta de control del Turibús o la del sitio de taxis, puede aplicarse la posibilidad de reubicación y sustitución: localización en un lugar alejado sin detrimento del aspecto o la circulación peatonal, y sustitución por un diseño formal contemporáneo y con materiales idóneos.

Consideraciones finales

Ciertamente es más fácil hablar de lo bello, puesto que atrapa con mayor fluidez, y no así de su contraparte encarnada en lo feo, y que en ciertos casos, como el de la Plaza del BMSAC, inmersa dentro de una caótica realidad urbana, pareciera representar un oasis cuyas contradicciones aún no llegan a ser tan poderosas como para derrumbar los cimientos identitarios que la ensalzan con orgullo, mismos que aparecen tan profundamente compartidos que no tienen necesidad de hablarlos, colmados, en apariencia, en la confusión de olores y sabores, de petricor y hierba cortada, mezclados con las frituras, como aromas de recuerdos nacidos en la niñez y recreados en la adolescencia, paralelos al miedo de un final presentido por el pesimismo manipulado por los medios de comunicación.

El resultado general de esta exploración empírica deja una sensación de incertidumbre respecto

a la posibilidad de que, no obstante aceptar como incongruentes los elementos que afean el paisaje de la Plaza, alcanzan el indulto por tolerancia o porque esto tenga que ver con los tiempos en que merodea la exaltación de la distorsión y el deterioro como virtud, del agotamiento y la naturalización de múltiples expresiones de barbarie que los afanes gananciosos de la televisión exaltan con regocijo. ¿Tendrá que ver esto con la aceptación arrinconada de saber que los ríos contaminados también permiten la formación de arcoíris y las partículas de ozono en las tardes citadinas sirven de filtro para efectos fotográficos de crepúsculos interesantes? Si es que la moda actual, apoyada en el “feísmo” como elemento atrayente de las miradas de la otredad tiene que ver con esta manera de arrojar las imperfecciones tomándolas como leves o inocuas, justificándolas tal vez como parte de los valores tradicionales que para los turistas es grato.

Muchas dudas sobre las cuales me parece que la mirada experta que suele no considerar más que la propia, debiera acercarse a la complejidad de las formas de percepción de las personas hacia el espacio público, de tal manera que pueda contribuir al incremento de la sensibilidad educada de las personas y sea considerada para el desempeño de un papel protagónico como factor crítico de cambio a favor de un descenso de la autocoacción como falsa conciencia solidaria y del temor a la censura de la tercera persona del plural.

Referencias

- Bourdieu, P. (2010). *El sentido social del gusto*. Argentina: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (1988). *La distinción, Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Eco, U. (2007). *Historia de la fealdad*. Italia: Lumen.
- Fabbri, Paolo. (2000). *El giro semiótico*. Barcelona: Gedisa.
- Lince, R. M. (2009). *Hermenéutica: Arte y ciencia de la interpretación*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- López Levi, L. et al. (2015). *Pueblos mágicos. Una visión interdisciplinaria*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Mandoki, K. (2013). *El indispensable exceso de la estética*. México: Siglo XXI.
- Pallasmaa, J. (1996). *Los ojos de la piel*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Rasmussen, S. E. (2000). *La experiencia de la arquitectura*. Madrid: Maira y Celeste Ediciones.
- Simmel, G. (1988). *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*. Barcelona: Península.
- Suárez Castro, M. T. (2017). *El Título Patrimonial de San Agustín de las Cuevas (Tlalpan)*. México: DI-TAC y Raíz de Sol.

Referencias electrónicas

- Guzmán Ríos, V. (2012). "En busca del arte perdido de vivir la ciudad. Experiencia estética infantil en la plaza de Tlalpan". En *Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*. Recuperado de <http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/guzman/100>
- Simmel, G. (1977). "La metrópolis y la vida mental". En *Revista Discusión*, Núm. 2. Barcelona: Barral. Recuperado de http://www.bifurcaciones.cl/004/bifurcaciones_004_reserva.pdf
- Tonucci, F. (s/f). *La ciudad de los niños*. Recuperado de <http://www.nodo50.org/forosocialjaen/CP941001.PDF>